



David LIVINGSTONE, «Viajes y exploraciones en el África del Sur»

David LIVINGSTONE, «Missionary Travels and Researches in South Africa»

Traducido por ISABEL PEÑUELAS GIL

Universidad de Valladolid. Facultad de Traducción e Interpretación. Campus Duques de Soria, s/n. 42004 Soria.

Dirección de correo electrónico: isabel.penuelas@uva.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4885-5783>

Recibido: 23/2/2021. Aceptado: 3/5/2021.

Cómo citar: Livingstone, David, «Viajes y exploraciones en el África del Sur», trad. Isabel Peñuelas Gil, *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 23 (2021): 659-672.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.23.2021.659-672>

INTRODUCCIÓN

David Livingstone (1813-1873) fue un médico, explorador y misionero escocés, así como una de las voces que se opuso a la esclavitud en el siglo XIX, pero ante todo fue un enamorado del continente africano.

Como miembro de la Real Sociedad de Londres exploró el sur de África hasta el final de sus días y dejó tras de sí numerosos escritos gracias a los cuales, aun a día de hoy, es reconocido por su labor investigadora. Narró todas sus vivencias, detallando y catalogando todo lo que allí encontró, y con ello consiguió que el conocimiento que se tenía en Europa de este continente se expandiese a límites hasta entonces insospechados.

Su libro por excelencia es, sin duda, *Missionary Travels and Researches in South Africa* (1857), una obra que nos permite explorar con él estas tierras, tanto desde el punto de vista científico como cultural, pero contado de una manera que te permite disfrutar cada palabra e, incluso, imaginarte allí junto a Livingstone. Tal fue el éxito de esta fórmula, que tanto reediciones como traducciones no tardaron en aparecer y extenderse por todo el mundo. En 1859, gracias a la labor de

Atilano Calvo Iturburu y José Plácido Sansón Grandy, se dio a conocer este libro en España como *Viajes y exploraciones en el África del Sur*, algo que no ha cambiado desde entonces, ya que, en una versión posterior, publicada en 2008, se mantuvo no solo el título de esta obra, sino también una gran parte del contenido.

En esa última versión, encontramos junto al nombre de los traductores originales el de Susana Carral Martínez, quien se encargó de traducir una serie de fragmentos que se habían obviado en la traducción de 1859. Sin embargo, en la versión de 2008, aunque se hicieron algunas modificaciones para adaptar el idioma a los lectores actuales, no se hizo ningún otro cambio. Esto es lo que permite que el nombre de Atilano y José Plácido siga apareciendo en las ediciones modernas del libro, pero también significa que el conocimiento científico y el entendimiento de la diversidad cultural plasmados en estas páginas, y que tanto ha cambiado desde el siglo XIX, no se han adaptado para el entendimiento de la sociedad presente.

Por lo tanto, como no podía ser de otra forma, la traducción que se presenta a continuación es un fragmento de esta obra en la que se ha prestado especial atención a los elementos científicos y culturales que lo vertebran. En concreto, se trata de un pasaje del tercer capítulo, en el que Livingstone describe el comienzo de su viaje a través del desierto del Kalahari el cual cruzó con una pequeña comitiva en 1849 en busca del lago Ngami. Este capítulo permite apreciar perfectamente el porqué de la popularidad de este libro en el siglo XIX, pues vamos a encontrar conocimiento en cada una de sus frases, pero el carácter anecdótico y sencillo con el que se nos presentan atrapa a lectores de todo tipo.

LOS VIAJES Y EXPLORACIONES DE LIVINGSTONE EN EL ÁFRICA DEL SUR

CAPÍTULO III

El desierto que nos disponíamos a cruzar había sido una región aterradora para los bechuanas¹ en el pasado debido al número de

¹ Término utilizado por los europeos del siglo XIX para denominar a una etnia del sur de África, que deriva del nombre utilizado por el pueblo xhosa para denominarles. En la

serpientes que la infestaban y que se alimentaban de los distintos tipos de roedores que allí habitaban. También por la intensa sed que a menudo tenía que soportar este pueblo cuando sus provisiones de agua no eran suficientes para las largas distancias que tenían que recorrer hasta llegar a los pozos.

Poco antes de que llegasen mis compañeros, apareció en Kolobeng² un grupo del pueblo del lago que decían ser enviados de Lechulatebe, el jefe, y que este me pedía que visitara aquella región. Era tal el fervor con el que hablaban de la gran cantidad de marfil de la que allí disponían (por ejemplo, corrales de gran tamaño contruidos con colmillos de elefantes), que los bakuenas³ que debían guiarnos estaban tan ansiosos por llegar al lago como cualquiera de nosotros. No puede negarse que esta inesperada visita nos fue de gran ayuda, ya que descubrimos que el camino por el que ellos habían venido era intransitable para nuestros carros.

El señor Oswell y el señor Murray llegaron a finales de mayo y, finalmente, pudimos iniciar nuestro viaje hacia aquella tierra desconocida el 1 de junio de 1849. Nos dirigimos al norte y, después de atravesar una cordillera con frondosa vegetación en dirección Shokuane, la antigua residencia de los bakuenas, pusimos rumbo a la región de los bamangwatos⁴ siguiendo una ruta que recorría el lecho de un antiguo río que alguna vez fluyó de norte a sur. La región adyacente es completamente plana, aunque está cubierta por bosques abiertos, arbustos y abundantes pastos. Los árboles más comunes son un tipo de acacia llamado *monato*, que se ven esporádicamente al sur de estas tierras y en lugares tan lejanos como Angola. El *nato*, una oruga de gran tamaño, se alimenta por la noche de las hojas de estos árboles y, durante el día, para ocultarse del sol abrasador, baja al suelo para enterrarse junto a las raíces. Allí es donde las gentes de esta zona excavan en su busca; debido a su agradable sabor a vegetal, lo consideran todo un manjar, especialmente

actualidad se les conoce como *tswana* o *tsuana*. Todos los subgrupos de esta etnia comparten idioma, creencias y estructura social, familiar y política.

² Una de las primeras iglesias y escuelas formales de Botsuana establecida por David Livingstone.

³ Conocidos como *kuenas* en la actualidad, son uno de los subgrupos de los tsuanas.

⁴ Otro de los subgrupos de los tsuanas y uno de los pueblos originales. Este grupo es el que propició la apertura de la etnia a la influencia europea. En la actualidad se les conoce como *ngwatos* o *bangwatos*.

cuando está asado. Cuando está a punto de convertirse en crisálida se entierra en el suelo e, incluso entonces, la buscan como alimento, pero si se le deja crecer, surge como una bella mariposa. Alguna vez llegué a utilizar esta transmutación para ilustrar nuestra propia religión y la resurrección al hablar con los nativos.

El terreno es arenoso y de vez en cuando veíamos indicios de que ciertos puntos en los que ahora sería imposible encontrar ni una sola gota de agua, fueron en algún momento pozos y abrevaderos.

Nuestra próxima parada, Boatlanama, era un lugar muy agradable en mitad de una región árida. Los pozos de los que teníamos que sacar agua para los animales que nos acompañaban eran profundos, pero estaban bien surtidos. A sus alrededores encontramos varios pueblos bakalaharis y un gran número de impalas, gacelas saltarinas de El Cabo, gallinas de Guinea y monos pequeños.

Después vino Lopepe, una prueba más de la sequía que sufría la zona. La primera vez que pasé por allí era una gran piscina de la que salía un arroyo que fluía hacia el sur; pero esta vez, en cambio, a duras penas pudimos conseguir algo de agua para el ganado y tuvimos que cavar en el fondo de uno de los pozos.

En Mashüe, donde encontramos un manantial inagotable de agua pura en el hueco de una roca arenisca, abandonamos el camino que nos conducía a las colinas de los bamangwatos y nos dirigimos hacia el norte, hacia el desierto. Una vez que el ganado hubo saciado su sed en un pozo llamado Lobotani, al noroeste de la región de los bamangwatos, nos encaminamos hacia Serotli, una auténtica fuente del Kalahari. Las tierras que la rodeaban estaban cubiertas de arbustos y árboles de una especie leguminosa con flores violáceas. El suelo de fina arena blanca resultó ser todo un reto para los bueyes, pues las ruedas de los carros se hundían en ella y costaba mucho arrastrarlos. En Serotli, sin embargo, tan solo había unas pocas depresiones en el terreno, similares a los encames que hacen los búfalos y los rinocerontes cuando se revuelcan en el fango, y en un rincón de una de ellas encontramos algo de agua con la que nuestros perros habrían acabado en un instante de no haberlos detenido. Aparentemente, eso era todo lo que teníamos para ochenta bueyes, veinte caballos y aproximadamente una veintena de hombres, pero nuestro guía, Ramotobi, quien había pasado su juventud en el desierto, nos informó de que, a pesar de las apariencias, teníamos una gran reserva de agua al alcance de la mano. Nosotros, que teníamos nuestras dudas al respecto, hicimos sacar las palas de inmediato, pero los guías, desdeñando estas

herramientas nuevas para ellos, comenzaron a retirar la arena con las manos concienzudamente. Se trataba del único lugar del que teníamos promesa de encontrar agua para los próximos ciento diez kilómetros, o lo que es lo mismo, tres días de viaje con los carros. Así, con las palas y las manos, conseguimos hacer dos agujeros de casi dos metros de diámetro por otros tantos de profundidad mientras los guías nos instaban a que no rompíéramos la capa dura de arena del fondo, ya que sabían que, de hacerlo, «el agua se iría». Y estaban en lo cierto, pues parecía que el agua descansaba sobre la arenisca. El caso de un inglés, que sin duda no estaba entre los más brillantes, sirvió para ilustrar la verdad que había tras el consejo de los nativos, pues cuando este, haciendo oídos sordos, rompió el firme de uno de los pozos de Mohotluani el agua comenzó a sumirse inmediatamente hasta dejarlo totalmente inservible. Cuando alcanzamos la capa de arenisca descubrimos que, cerca de donde esta entraba en contacto con la arena, el agua comenzaba a fluir y, después de dejar que se acumulara, tuvimos la suficiente para los caballos, pero no bastaba para los bueyes, así que los mandamos de vuelta a Lobotani, donde pudieron saciar su sed después de noventa y seis horas de viaje. Los caballos se quedaron con nosotros, ya que eran indispensables a la hora de cazar el sustento de nuestro numeroso grupo. A la mañana siguiente descubrimos que el agua había manado más rápido, como siempre pasa en estos embalses, debido a que el flujo había ensanchado las aberturas por las que manaba el agua, cosa de la que nos dimos cuenta porque con el agua también entraba en el pozo una gran cantidad de arena. Así, en el transcurso de unos pocos días, el suministro que al principio solo cubría las necesidades de unos pocos hombres, se volvió suficiente para los bueyes también. Es en estas zonas de succión donde los bakalaharis se abastecen y seguramente sean depósitos de agua de lluvia ya que, por lo general se encuentran bajo el lecho de algún río ya seco. No obstante, puede que en algún caso se trate de una auténtica fuente que antaño abasteciese al río y que ahora sus aguas se mantienen bajo tierra.

A pesar de que en este lugar el agua era completamente inaccesible para los elands, descubrimos que había un gran número de estos antílopes pastando a nuestro alrededor y, una vez cazados, vimos que no solo estaban en una buena condición, sino que, además, tenían una cantidad considerable de agua en sus estómagos.

Examiné detenidamente su tubo digestivo para comprobar si tenían alguna peculiaridad que implicase que estos animales podían subsistir durante largos periodos de tiempo sin agua, pero no hallé nada. Otros

animales, como el duiker (*Cephalopus mergens*) o *puti*, como lo conocen los bechuanas, el steenbok (*Raphicerus campestris*) o *puruhuru*, el órice de El Cabo (*Oryx gazella*) o *kukama* y el puercoespín crestado (*Hystrix cristata*), son capaces de vivir sin agua durante meses, solo alimentándose de bulbos y tubérculos húmedos. Tienen pezuñas puntiagudas muy adecuadas para excavar, por lo que no es difícil comprender su forma de subsistir. Por otro lado, hay ciertas especies que solo se ven en las proximidades de una masa de agua: la presencia de rinocerontes, búfalos y ñus (*Connochaetes taurinus*),⁵ jirafas, cebras e impalas (*Aepyceros melampus*) es un indicio innegable de que hay agua en un radio de menos de trece kilómetros. Sin embargo, ver cientos de elands (*Taurotragus oryx*),⁶ órices de El Cabo, *tolos* o kudús (*Tragelaphus strepsiceros*),⁷ gacelas saltarinas (*Antidorcas marsupialis*) y avestruces no asegura que haya agua en un radio de entre unos cincuenta y sesenta y cinco kilómetros. De hecho, el aspecto elegante y voluminoso del eland no desterraría la aprensión de perecer por la sed de la mente de un solo nativo siquiera. De todas formas, creo que estos animales solo pueden subsistir donde hay algo de humedad en la vegetación de la que se alimentan, puesto que en un año de sequía extrema vimos manadas de elands y bandadas de avestruces que se abalanzaban al río Zouga desde el desierto, aunque muchas de estas últimas acabaron en las trampas que había en las orillas. Mientras haya savia en el pasto, rara vez necesitarán agua. Pero si un viajero descubre el rastro de un rinoceronte, búfalo o cebra, debería seguirlo sin dudarlo pues, apenas recorriendo unos kilómetros, encontrará agua.

⁵ En el original aparece denominado como *Catoblepas gnu*. En realidad, el *catoblepas* o *catóblepon* es una criatura legendaria de la cultura etíope. Debido a la ubicación en la que se encontraban y que Livingstone hace referencia al ñu, se ha llegado a la conclusión de que se refería al ñu azul o *Connochaetes taurinus*.

⁶ El eland aparece denominado como *Boselaphus oreas* en el original, una mezcla del nombre científico del antilope azul o nilgó (*Boselaphus tragocamelus*) y una modificación de «oryx». Se ha sustituido por *Taurotragus oryx*, el nombre científico que recibe el eland a día de hoy.

⁷ En el texto origen, el kudú aparece denominado como *Strepsiceros capensis*. En realidad, el género de estos animales es *Tragelaphus*. Partiendo de los escritos de Livingstone y de la localización en el momento del avistamiento, se ha llegado a la conclusión de que se refería al kudú mayor o *Tragelaphus strepsiceros*.

En la tarde de nuestro segundo día en Serotli, cundió el pánico entre nuestro ganado cuando una hiena apareció de imprevisto de entre la hierba. Se trata en realidad de un falso modo de ataque y es parte del plan que sigue siempre este cobarde animal pues, igual que un pavo, va a por el que huye, pero si se le hace frente se detiene por completo. Diecisiete de nuestros bueyes de tiro huyeron y acabaron directamente en las manos de Sekomi, a quien no teníamos ninguna gana de visitar después de la hostilidad que había mostrado hacia el éxito de nuestra misión. El robo de ganado bajo estas circunstancias podría haberse dado en Cafrería⁸ pero no aquí, así que Sekomi nos devolvió nuestros bueyes y mandó con ellos un mensaje con el que pretendía disuadirnos de realizar nuestra expedición por el desierto. «¿A dónde vais? El sol y la sed acabarán con vosotros y entonces los hombres blancos me culparán por no haberos salvado». Este mensaje fue secundado por otro que nos envió su madre personalmente que decía «¿Por qué no me visitáis? Siempre he hecho que la gente se reúna para escuchar vuestra palabra, así que, ¿qué pecado he cometido para que paséis sin siquiera mirarme?». Mandamos a los mensajeros de vuelta no sin antes asegurarles que los hombres blancos atribuirían nuestras muertes a nuestra propia estupidez y obstinación (*tolgo, e thata*), «pues, en el caso de no lograr cumplir nuestro propósito, solo permitiríamos que nuestros guías y compañeros regresasen una vez nos hubiesen enterrado». Enviamos también un buen regalo y una promesa de que, si Sekomi permitía que los bakalaharis mantuviesen los pozos abiertos para nosotros, a nuestra vuelta le haríamos llegar otro similar.

El subjefe, quien lideraba el grupo de mensajeros, había intentado persuadirnos, sin éxito, de que regresáramos y, cuando agotó su elocuencia, preguntó: «¿Quién es el que les guía?». Y, tras mirar a su alrededor, exclamó, sin intentar ocultar la aversión que se reflejaba en su rostro, «¡Es Ramotobi!». Nuestro guía había pertenecido al pueblo de Sekomi, pero huyó y se fue al de Sechele. En esta región, los fugitivos son siempre bien recibidos e incluso pueden volver de visita al pueblo que han abandonado, por lo que nuestro guía no estaba en peligro a pesar

⁸ Hoy en día Provincia Oriental del Cabo. Se trata de las tierras de los xhosas que siguieron siendo un territorio independiente, a diferencia de Cafrería británica, que fue colonizada.

de que sus acciones eran completamente opuestas a los intereses de su pueblo natal y de su jefe.

Las tierras que rodean Serotli son completamente llanas y el suelo es de fina arena blanca. Allí, el sol lo ilumina todo de un modo peculiar desde un cielo completamente despejado y cada arboleda parece idéntica a la anterior; tanto es así que, si uno camina un cuarto de kilómetro en cualquier dirección, le será difícil regresar. Una vez, Oswell y Murray salieron del campamento, acompañados de uno de los bakalaharis, para cazar un eland y la perfecta uniformidad de la región hizo que incluso este hijo del desierto perdiese el rumbo, lo que dio lugar a una conversación de lo más desconcertante entre ellos. Una de las frases más comunes de este pueblo es *kia ituméla*, que significa «os doy las gracias» o «estoy complacido», con la que Oswell y Murray estaban bastante familiarizados, así como con la palabra *metse*, «agua». Pero, el caso es que hay un verbo que suena de un modo similar: *kia timéla*, «desviar», cuyo pretérito perfecto compuesto es *ki timéste*, «me he desviado». Después de haber vagado sin rumbo, completamente perdidos, hasta que el sol desapareció por el horizonte, se vieron obligados a pasar aquella noche terriblemente fría lejos del campamento. La conversación que mencionaba se dio durante aquellas largas horas, de manera intermitente, y fue algo tal que así:

—¿Dónde están los carros?

Respuesta real: «No lo sé. Me he desviado. Nunca antes me había desviado. Estoy perdido».

Lo que entendieron: «No lo sé. Quiero agua. Estoy contento, bastante complacido. Os doy las gracias».

—Llévanos a los carros y te daremos toda el agua que quieras.

Respuesta real (mientras miraba a su alrededor con la mirada perdida): «¿Cómo he podido desviarme? Puede que el pozo esté allí o puede que no. No lo sé. Me he desviado».

Lo que entendieron: Algo de gracias. Dice que está complacido y vuelve a mencionar el agua.

Consideraron que la mirada perdida del guía mientras intentaba recordar el camino era un indicio de incipiente imbecilidad y sus reiterados agradecimientos intentaban aplacar su ira.

—Pues sí que nos la ha jugado bien Livingstone dejándonos a cargo de un idiota. Ya verá quién vuelve a fiarse de él. ¿Qué querrá decir este tipo con tanto gracias y tanto hablar de agua? Necio de remate, llévanos a los carros y tendrás carne y agua. ¿No entrará en razón con una paliza?

—No, no, porque entonces huirá y estaremos peor de lo que estamos ahora.

Los cazadores llegaron a los carros al día siguiente gracias a su propia astucia, la cual se despierta rápidamente después de una noche en el desierto, y compartimos unas risas después de oír los comentarios sobre su coloquio nocturno. Este tipo de errores ocurren con frecuencia, alguien le puede pedir a su intérprete que diga que es un familiar del jefe de los hombres blancos, a lo que le responden: «Sí, hablas como un cacique», lo que quiere decir, tal y como explican los nativos, que un cacique puede decir cosas sinsentido sin preocuparse por que alguien le lleve la contraria. Además, probablemente hayan averiguado gracias a ese mismo intérprete que el familiar del jefe blanco es muy pobre y apenas tiene alguna posesión en su carro.

A veces me molestó la baja estima en que tenían a mis compañeros cazadores, pues creo que la caza es sumamente importante a la hora de formar un carácter valiente y noble. Además, la contienda con bestias salvajes es realmente apropiada para aprender a mantener la mente fría durante las emergencias, algo que todos admiramos, por lo que, naturalmente, estaba ansioso de que la imagen que tenían los nativos de mis compatriotas mejorara.

—¿Acaso es que estos cazadores, que vienen desde tan lejos y trabajan tan duro, no tienen carne en su país?

—Sí la tienen —les contestaba— son ricos y podrían matar bueyes todos los días de su vida.

—¿Y aun así vienen aquí y pasan tanta sed solo para conseguir esta carne seca que no se puede comparar a la de ternera?

—Exacto, es cuestión de entretenimiento —les intentaba explicar, no sin esfuerzo, pues la idea de deporte no existía en su idioma.

Esto les producía risa, como si dijese: «¡Ah, vosotros sabréis!» o «Tus amigos están locos». Sin embargo, era por esto mismo que sentían una gran satisfacción cuando conseguían que alguien matase un gran número de presas por ellos, pues, independientemente de lo que este pensase de sí mismo o de sus logros, ellos se enorgullecían de haber sabido aprovechar la locura de ese carnicero itinerante.

Aquella misma tarde salimos de Serotli, pues en los pozos se había acumulado el agua suficiente para que todo nuestro ganado pudiese beber. El sol era abrasador durante el día, daba igual que fuese verano o invierno, como era el caso, y ralentizaba la marcha de los carros que avanzaban con lentitud por la arena, así que solo pudimos recorrer algo

menos de diez kilómetros antes de que se pusiese el sol. Solo podíamos viajar temprano por la mañana y por las tardes, ya que un día entero de marchar por el desierto bajo el ardiente sol habría sido inaguantable para los bueyes. Al día siguiente pasamos Papacheu (toba blanca), una poza revestida de dicha toba que a veces contiene agua, pero que ahora estaba seca, y por la noche el troquímetro indicaba que apenas habíamos recorrido cuarenta kilómetros desde que partimos de Serotli.

Ramotobi se desesperaba por lo despacio que avanzábamos y nos dijo que, viendo lo lento que nos movíamos, jamás llegaríamos a la siguiente fuente, que aún estaba a tres días de distancia. A pesar de los grandes esfuerzos que hicieron los criados, de sus gritos, golpes y latigazos, solo conseguimos que los bueyes hiciesen algo más de treinta kilómetros. Esto significaba que solo estábamos a unos setenta kilómetros de Serotli pero los bueyes estaban exhaustos a causa del terreno inestable y la sed, más de lo que lo habrían estado de recorrer el doble de distancia en un camino duro y con agua fácilmente accesible, y lo peor es que, según nuestros cálculos, aun nos quedaban casi otros cincuenta kilómetros hasta alcanzar la siguiente fuente. En esta época del año la hierba se seca tanto que se hace polvo al cogerla, así que los pobres animales masticaban con recelo, incapaces de llevarse un bocado fresco a la boca, y mugían lastimosamente al oler el agua que había dentro de las vasijas en nuestros carros. Todos estábamos decididos a lograr nuestro objetivo, así que decidimos que el guía se adelantase con los caballos, como último remedio, en caso de que los bueyes no lo lograsen. Así pues, Murray se fue con ellos mientras que Oswell y yo nos quedamos atrás para llevar los carros tras su pista lo más rápido posible.

Los caballos desaparecieron rápidamente de nuestra vista, pero a la mañana del tercer día, cuando nos imaginábamos que ya debían estar cerca del agua, vimos que estaban junto a los carros. El guía había encontrado pisadas recientes de algunos bosquimanos⁹ y, aunque iban en la dirección opuesta a la que deseábamos, se desvió para seguirlos.

⁹ Nombre que los holandeses le dieron a una serie de pueblos del Kalahari que habitaban las zonas de montaña y tierras altas y se dedicaban a la caza. El término deriva de *boschjesman* («hombre del bosque» en afrikáans). En la actualidad, en Occidente, se prefiere el término *san*, nombre que utilizaban los hotentotes, grupos de ganaderos nómadas que ocupaban los valles de la región del Cabo, para referirse a ellos y que significa «primitivo»; sin embargo, estos pueblos se oponen a ser llamados así.

Murray puso plena confianza en Ramotobi y juntos fueron tras los pasos de estos. Así descubrieron que habían capturado un antílope con una de sus trampas y fueron testigos de cómo mataban, desollaban y despedazaban al animal. Después reanudaron su marcha y, tras un día de esfuerzos, se dieron cuenta de que estaban de nuevo junto a los carros. Era admirable el conocimiento que tenía Ramotobi del desierto, pues, incluso sin una sola marca que señalase el camino, este todavía era capaz de encontrarlo. A unos cien kilómetros de Serotli todos los matorrales y árboles eran idénticos, pero una mañana, mientras caminábamos juntos, Ramotobi me dijo: «Cuando lleguemos a esa hondonada vislumbraremos el camino que lleva a las tierras de Sekomi y, más allá, vuelve a aparecer el río Mokoko». Del cual, por cierto, no pude distinguir su lecho a pesar de que, según me dijeron, estábamos avanzando por él.

Después de desayunar, algunos de los hombres que se habían adelantado siguiendo el rastro de algunos animales que son incapaces de sobrevivir lejos del agua, regresaron con las alegres nuevas de *metse*, agua, mostrándonos el barro que les cubría las rodillas como prueba de ello. A uno se le alegra el corazón cuando ve a los bueyes sedientos abalanzarse en una laguna de agua de lluvia como aquella. Se adentraron en ella hasta que el agua les cubría casi hasta el cuello y entonces comenzaron a beber largos y refrescantes sorbos hasta que los costados de los animales, antes hundidos, comenzaron a hincharse hasta el punto que parecía que iban a estallar. Bebieron tanto que, si se paraban en seco al volver a la orilla, parte del agua que habían tragado volvía a salir por sus bocas. Además, también habían estado días enteros sin comer, por lo que no tardaron mucho en comenzar a pastar de la hierba que allí crecía en abundancia. La laguna en cuestión se llamaba Mathuluani y fuimos muy dichosos de encontrar tan valiosa provisión de agua.

Después de dejar que el ganado descansase en este lugar, proseguimos nuestra marcha por el lecho del ahora seco Mokoko. El nombre del río hace referencia a la capa de arenisca, mencionada anteriormente, por la que se sumiría el agua en caso de romperla, pues bajo este antiguo lecho hay suficiente agua como para que sea posible la existencia de varios pozos permanentes. Ramotobi nos aseguró que a partir de ese momento ya no sufriríamos más a causa de la sed. Dos veces encontramos pozas de agua de lluvia en el Makoko antes de llegar a Mokokonyani, donde el agua que en general fluye bajo tierra sube a la superficie en un lecho de toba. La región adyacente está cubierta de matorrales bajos y espinosos, de pasto y, en algunas zonas, de *Acacia*

mellifera detinens.¹⁰ En Lotlakani («pequeño junco», literalmente), otro manantial situado cinco millas más abajo, vimos por primera vez desde que estábamos en el sur de África palmeras *Borassus*,¹¹ veintiséis de ellas para ser exactos.

Seguramente, de este punto en adelante, varios de los afluentes del antiguo Mokoko se unieran a este, pues el cauce se vuelve cada vez más ancho hasta que desemboca en un gran lago, del cual, el que estábamos buscando en esos momentos, era una parte muy pequeña. Allí observamos que, dondequiera que un oso hormiguero hiciese su madriguera, aparecían, mezcladas con la tierra, conchas idénticas a las de los moluscos que todavía habitaban en el lago.

(...)

BIBLIOGRAFÍA

Botswana Government (2011), «Kolobeng». *Republic of Botswana Government Portal*, en <https://www.gov.bw/en/Visitors/Topics/Monuments/Kolobeng> (fecha de consulta: 20/2/2021).

Hyde, Mark, Bart Wursten, Petra Ballings y Meg Coates Palgarve (2018), «Species information: *Acacia mellifera* subsp. *detinens*», *Flora of Zimbabwe*, en https://www.zimbabweflora.co.zw/speciesdata/species.php?species_id=126050 (fecha de consulta: 20/2/2021).

Ikuska (1997-2013), «Geografía de África», *África: países, mapas, pueblos, etnología, historia, idiomas, gastronomía*, en <http://www.ikuska.com/Africa/natura/index.htm#geologia> (fecha de consulta: 20/2/2021).

Ikuska (1997-2013), «Mamíferos de África», *África: países, mapas, pueblos, etnología, historia, idiomas, gastronomía*, en

¹⁰ En el original aparece denominado como *Acacia detinens*. Sin embargo, en la actualidad, la especie se conoce como *Acacia mellifera*, siendo la *detinens* una subespecie de esta.

¹¹ Denominado *palmyra tree* en el original, nombre popular que recibe el género *Borassus* en inglés. Se ha cambiado para darle texto.

<http://www.ikuska.com/Africa/natura/fauna/mamiferos.htm> (fecha de consulta: 20/2/2021).

Ikuska (1997-2013), «Pueblos de África: Khoisan», *África: países, mapas, pueblos, etnología, historia, idiomas, gastronomía*, en http://www.ikuska.com/Africa/Etnologia/Pueblos/pueblos_fram.htm (fecha de consulta: 20/2/2021).

Ikuska (1997-2013), «Pueblos de África: Tswana», *África: países, mapas, pueblos, etnología, historia, idiomas, gastronomía*, en http://www.ikuska.com/Africa/Etnologia/Pueblos/pueblos_fram.htm (fecha de consulta: 20/2/2021).

Livingstone, David (1857), *Missionary Travels and Researches in South Africa*, Londres, John Murray, pp. 53-61.

Livingstone, David (1859), *Viajes y exploraciones en el África del Sur*, en Nemesio Fernández Cuesta (ed), trad. Atilano Calvo Iturburu y José Plácido Sansón Grandy, Nuevo Viajero Universal. Enciclopedia de Viajes Modernos. Volumen 1 (África), Madrid, Gaspar y Roig, Editores.

Livingstone, David (2008), *Viajes y exploraciones en el África del Sur*, ed. Susana Carral Martínez, trad. Atilano Calvo Iturburu, José Plácido Sansón Grandy y Susana Carral Martínez, La Coruña, Ediciones del Viento.

Murray, Hugh (1841), *The Encyclopædia of Geography: Comprising a Complete Description of the Earth, Physical, Statistical, Civil, and Political*, volumen 3, Filadelfia, Lea and Blanchard.

Pickering, Jane (1997), «William J. Burchell's South African mammal collection, 1810–1815», *Archives of Natural History*, 24 (3), pp. 311-326, en http://www.rhinosourcecenter.com/pdf_files/133/1334460713.pdf (fecha de consulta: 20/2/2021), DOI: <https://doi.org/10.3366/anh.1997.24.3.311>.

The Robinson Library (2017). «David Livingstone [en línea]», *The Robinson Library Site*, en

<http://www.robinsonlibrary.com/history/africa/southern/general/livingstone.htm> (fecha de consulta: 20/2/2021).

Williams, Sam (2018), «Difference Between an Open & Closed Canopy. *Hunker*», en <https://www.hunker.com/12458415/differencebetween-an-open-closed-canopy> (fecha de consulta: 20/2/2021).

Vigne, Randolph (2013), «Mapping and Promoting South Africa: Barrow and Burchell's Rivalry», *Historia*, 58 (1), pp. 18-32, en <http://www.scielo.org.za/pdf/hist/v58n1/02.pdf> (fecha de consulta: 20/2/2021).

Zarandona Fernández, Juan Miguel (2018). «El retorno de los *Missionary Travels and Researches* (1857) de David Livingstone (1813-1873) al español: censura, manipulación y reconstrucción de una autobiografía científica», en Julia Pinilla Martínez y Brigitte Lépinette (eds.), *Reconstruyendo el pasado de la traducción (II). A propósito de las imprentas / editoriales y de las obras científicas y técnicas traducidas del francés al español (siglo XIX)*, Granada: Editorial Comares, pp. 197-212.